

LOS MARGINALES EN LA EDAD MEDIA *

(A través de los Cuentos de Canterbury de Godofredo Chaucer)

por

OFELIA M. J. MANZI

INTRODUCCION

Para realizar el análisis de los "Cuentos" de Chaucer desde el punto de vista de la posible determinación de la marginalidad y la alogeneidad durante un determinado período de la Edad Media, consideramos necesario en primer lugar, establecer los alcances posibles de las categorías a considerar.

Consideramos *marginal* al que está situado en los linderos de una determinada área ya sea ésta territorial o cultural. Es decir que el concepto implica la pertenencia a los "márgenes" de una sociedad de la que no se participa, por lo tanto, en su totalidad.

En cuanto al *alógeno*, es el que se ha transformado o es "otro". Con respecto al marginal se encuentra un grado más "afuera del grupo que fija las pautas, es el extraño, el extranjero con todas las connotaciones que el concepto tiene, sobre todo en sentido religioso y territorial. Esta última diferenciación funciona sobre todo a partir del momento en que se ges-

* El presente trabajo es el resultado de un Seminario de investigación realizado en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en el año 1976, bajo la dirección de la profesora titular de Historia Medieval, Dra. Nilda Guglielmi.

tan las nacionalidades; en cuanto a la primera, transforma —desde el punto de vista de la ecumene cristiana— en alogenos a todos los no cristianos.

Estas categorías admiten numerosas situaciones intermedias determinadas en cada caso por la condición del marginado y por las causas que motivan su marginación.

Un ejemplo puede ser el del exiliado por motivos políticos cuya marginación puede ser temporaria; otro caso lo constituyen los pobres y los enfermos que —salvo dificultades especiales— nunca son expulsados de la ciudad, pero que no participan plenamente de la vida ciudadana.

Existen, pues, diversas áreas para la determinación de la pertenencia o la marginalidad. Para el cristianismo, el área mayor es la “ecumene” cristiana, cuyos centros son Roma, en un sentido político y Jerusalén en uno espiritual. De acuerdo con esto, todos los cristianos pertenecen a esa área y son alogenos los que no lo son.

Una segunda área de determinación es la política y en este sentido cada ciudad —y cada estado cuando éstos existen— otorga un carácter de pertenencia, marginalidad y alogeneidad. Pero también hemos de tener en cuenta las áreas culturales creadas dentro del seno de una cierta sociedad y que pueden crear situaciones de pertenencia y no pertenencia (con diferentes grados en cada una de ellas), de acuerdo con pautas de comportamiento, de formación cultural e incluso de lenguaje y vestido.

De acuerdo con lo expuesto advertimos que se produce una superposición de áreas de pertenencia en las que también se entrecruzan diferentes criterios de aceptación, ya que éstos pueden ser de carácter puramente físico y territorial, o de claro contenido religioso y social o incluirse entre sutiles determinaciones de tipo socio-cultural. Para la fijación de estas últimas es fundamental llegar a establecer quiénes son los

grupos o individuos que emiten el juicio de acuerdo con el cual puede llegar a fijarse la plena pertenencia de un individuo al grupo, o su marginalidad temporaria o definitiva.

Justamente en el presente caso de análisis de una obra de carácter literario es necesario, en la mayor parte de los casos, establecer quién o quiénes son los emisores de juicios. En primer lugar hay que considerar al autor, su condición social y cultural, ya que en última instancia actúa como juez de los personajes de su obra. Esta constituye un espejo de la sociedad de la época, pero vista a través de cierta perspectiva. En segundo lugar es necesario tener en cuenta qué personajes son los emisores de juicios para establecer qué pautas los mueven al juzgar a los demás componentes del grupo.

EL AUTOR Y SU EPOCA

No es nuestro propósito referirnos "in extenso" a un asunto tan ampliamente tratado como la vida y obra de Chaucer, sino brevemente trazar un panorama que nos permita ubicarlo en su época.

Desde el punto de vista idiomático tiene la importancia de ser considerado como el último de los trovadores y el primero que utiliza un inglés puro. Nacido alrededor del 1340 en el seno de una familia burguesa, realiza sus primeros estudios en San Pablo Almonry y se desempeña como paje en la casa de los condes de Ulster. Su vinculación con la nobleza determina que hacia el 1357 el duque de Lancaster se convierta en su mecenas. Protegido por este poderoso señor inicia su carrera política, que lo lleva en 1359 a desempeñar una misión con motivo de la guerra con Francia. Hecho prisionero en este país, entra en contacto con la literatura francesa especialmente con el "Roman Courtois" que dejará claras huellas en sus obras.

Entre 1360 y 1367 permanece en la corte de Inglaterra y llega a ser designado Mayordomo real.

Desde el punto de vista de su formación literaria guarda especial importancia el período 1360-67 durante el cual se desempeña en misiones diplomáticas que lo llevan a Francia e Italia. En el transcurso de estos viajes conoce a Machault y Des-camps y probablemente a Petrarca y a Boccaccio. Un viaje realizado en Italia a 1378 lo puso en contacto con el prerenacimiento y con la capacidad narrativa de Boccaccio. Conoció varios idiomas y leyó los clásicos latinos.

Curiosamente, luego de haber desempeñado importantes trabajos lo encontramos en 1374 a cargo de la Aduana del puerto de Londres, para abandonar todo cargo oficial a partir de 1386, probablemente por la partida de su mecenas.

Es en este período comprendido entre 1386 y 1389 en que escribe los Cuentos. Estos quedaron inconclusos. Chaucer muere en la Navidad del 1400.

Con respecto a los Cuentos la gran mayoría no son originales y sus fuentes son fácilmente reconocibles. Este procedimiento se consideraba perfectamente legítimo y fue utilizado entre otros por Shakespeare, Calderón, Dante. De todos modos, aún cuando pueda llegar a establecerse la filiación de orden literario, están impregnados de un ambiente de época que les hace ganar en gracia. Las diferentes influencias literarias son: la de los clásicos latinos, la de las obras maestras italianas y francesas, y más directamente de la literatura francesa de la época. Abundan en citas tomadas de obras de la antigüedad y de la Biblia.

El esquema general de la obra, en la que diferentes personajes se encargan de contar un cuento, corresponde al Decamerón de Boccaccio, pero Chaucer introduce la novedad de la cabalgata hacia Canterbury.

El estilo se refleja en un modo más fiel en las descripciones, sobre todo en los "retratos" de los personajes cada uno de los cuales encarna su condición en grado superlativo (1).

El caballero reúne todas las condiciones que hacen al perfecto ejemplo de su condición, el fraile es el "ilustre sostén de su orden"; del mismo modo aquellos personajes cuyos rasgos presentan connotaciones negativas, las poseen en grado sumo, perfilándose personalidades que constituyen cada una de ellas la quintaesencia de su especie. Hay un toque no exento de burlona caricatura, en especial en el caso de la variada gama de pillos, aprovechadores y tunantes que desfilan por la obra.

El "Prólogo" constituye un desfile de todas las condiciones socio-culturales de la nación. Allí están representadas todas las clases sociales con excepciones hacia arriba de la escala social —el rey— y hacia abajo, —el mendigo—. Es justamente en este desfile de personajes donde encontramos nuestra primera aproximación para determinar la posición que cada uno ocupa y la consideración que merece ante los ojos de quien los juzga. En base a esto podemos establecer algunos de los factores de marginalidad definida por la sociedad en general y de marginalidad relativa, es decir existente para ciertos grupos o individuos, con respecto a otros —grupos o individuos— que son los que los juzgan.

Un personaje como el Caballero, que encabeza la lista de retratos, reúne todas las virtudes tradicionales de la caballería: es valeroso, lógicamente defensor de la religión cristiana, se ha destacado en innumerables batallas, posee bienes materiales que se manifiestan en su cabalgadura y sus ropas.

Su hijo que hace las veces de escudero, goza de las mismas virtudes. Agrega, además, ciertos rasgos considerados como distintivos de su clase social: el cabello muy rizado y la

(1) CHAUCER, G. *Los cuentos de Cantorbery*, Madrid, E. Reus, 1921, Introducción, págs. XXVII a XLVI.

habilidad para componer música, ejecutarla y danzar. Completa el cuadro el hecho de que el joven está locamente enamorado y padece insomnio como consecuencia de su amor.

Otro de los ejemplos de virtudes y costumbres elegantes lo constituye la Priora, Madame Englantina. Se destaca por la buena educación en la comida, el cuidado de su aspecto, la dignidad en el comportamiento, la gallardía en el porte.

Es indudable que la condición social tiene mucho que ver con la presencia de las virtudes. En la descripción del Terrateniente advertimos los rasgos de comportamiento de un burgués rico en cuya caracterización no se oculta la admiración: se destaca la felicidad de que goza como consecuencia de la satisfacción de los placeres sensuales, de la buena alimentación y del buen vestido.

El mercero, el carpintero, el tejedor, el tintorero y el tapicero, cubren la gama de pequeños burgueses, la que se completa con el capitán de barco, el médico y la comadre de Bath:

El labrador representa al campesinado, aun cuando este ejemplar tiene notables cualidades morales y su aspecto es "de persona afable y sencilla".

La descripción del molinero corresponde más exactamente a la de un hombre rudo, no solamente en su aspecto físico ya que se dice que su boca es grande como la puerta de un horno, sino también por la aclaración de que su conversación era generalmente obscena.

La caracterización del fraile mendicante pone de manifiesto la animadversión general que éstos provocaban, producto de su mala conducta. En este caso el personaje ha debido sufragar los gastos de las bodas de las mozas por él seducidas, amén de ser pronto en el perdón de ciertos pecados graves, buena limosna mediante.

La galería de pillos se completa con el viejo y colérico mayordomo, con el administrador capaz de engañar a cualquiera, con el alguacil hábil en torcer la ley de acuerdo con

su conveniencia, o con el dinero que podría obtener; y con el bulero, ducho en las artes de explotar la credulidad de las gentes.

1. MARGINALES E INTEGRADOS, ALOGENOS Y ENDOGENOS A TRAVES DE LA OBRA

1.1. *El orden social*

Tomando en cuenta el testimonio proporcionado por los "Cuentos", procuraremos determinar el comportamiento de grupos e individuos desde el punto de vista de su integración en la sociedad.

De acuerdo con este punto de vista podemos partir de una justificación del orden social, tal como resulta de lo expuesto en el Cuento del párroco ⁽²⁾.

"Pero en verdad, desde que llegó el momento de la gracia, Dios mandó que algunas personas estuvieran más elevadas en estado y condición, y otras más bajas y que cada uno se considerara satisfecho en su clase y posición".

En el mismo cuento se agregan otros conceptos tendientes a justificar el orden jerárquico de la sociedad:

"(...) El Papa se denomina a sí mismo siervo de los siervos de Dios; pero por cuanto el estado de la Santa Iglesia no podría subsistir, ni sería mantenido el bien común, ni la paz y la tranquilidad de la tierra, si Dios no hubiera establecido que algunos hombres fueran de clase más superior y otros de clase más inferior,..."

⁽²⁾ En la numeración de las páginas se ha tomado en cuenta la edición de Ed. Bruguera, Madrid, 1974. En este caso es el Cuento del Párroco, Avaricia, p. 532.

El concepto incluye también la obligación de defensa del pobre y del desvalido que tienen los que ejercen el poder, y en este sentido el pobre se convierte en algo así como la razón de ser de la caridad de quienes tienen poder y/o dinero.

“(...) Por esta razón digo que los señores que se conducen como lobos y devoran las posesiones o los bienes de la gente humilde injustamente sin compasión y sin tasa, recibirán la merced de Cristo con idéntica manera con que midieron a los pobres, si no se enmiendan...”⁽³⁾.

En el mismo cuento se justifica la existencia de las clases inferiores por una determinación divina, y siendo así, los hombres no tienen ningún derecho a abusarse de quienes están por debajo de ellos en la escala social, puesto que:

“(...) ellos no son señores de esclavos, sino que la esclavitud viene primero por el merecimiento del pecado...”⁽⁴⁾.

Esta sociedad jerarquizada de acuerdo con la voluntad divina se maneja en el plano terrenal de acuerdo con determinadas pautas de comportamiento que incluyen desde los dones naturales desarrollados por una cierta educación que es acorde con la posición que se ocupa, hasta normas de conducta que se reflejan en los modales, la conversación, la forma de expresión y el aspecto exterior resultado de la combinación de un determinado físico, con las ropas apropiadas a la condición social.

Al respecto es interesante señalar que aun en los individuos integrados en el grupo se generan diferencias —lógicas por otra parte—, que merecen críticas originadas en el juicio de quienes se erigen en árbitros de ciertas conductas.

Una síntesis de valores aceptados por la sociedad de la época podemos obtenerla a través de:

⁽³⁾ Ambas menciones: Cuento del párroco, *Avaricia*, p. 532.

⁽⁴⁾ Cuento del Párroco, *Avaricia*, p.531.

Al término del cuento del Escudero, el Terrateniente le dirige unos párrafos:

"(...) Me veo obligado a regañar a mi hijo muy a menudo y no dejaré de hacerlo pues carece de estos dones y sólo le interesa jugar a los dados, en cuyo nefasto entretenimiento pierde siempre su dinero. Además se encuentra más a gusto conversando con un criado o con un mozo de cuadra, que con un caballero, y de este último, no me lo negaréis podría aprender buenos modales y un lenguaje distinguido"... (5).

Evidentemente el hijo no participa del deseo de ascenso de su padre, y ese ascenso puede comenzar por la adquisición de los rasgos de comportamiento de la clase que en este caso actúa como referencia.

El padre, en el prólogo de su cuento pone claramente de manifiesto cuál es su educación y de su confesión resulta que elementos se valoraban como deseables en un hombre culto.

"(...) Mas señores como soy un hombre del campo, antes de empezar os ruego que disculpéis mi llaneza. Os digo con toda sinceridad que nunca estudié retórica y por lo tanto mi estilo carece de pomposidad. Jamás pisé el Monte Parnaso, ni leí a Cicerón. No os lo digo para defraudaros, pero desconozco por completo todos aquellos artificios que dan realce al discurso..." (6).

Aunque la afirmación encierra un carácter irónico puesto que el cuento del terrateniente es justamente un dechado de retórica y pomposidad.

Quizás la más completa enumeración de valores positivos, aceptados y tomados como modelo por esta sociedad vista a través de la óptica de la burguesía en ascenso, lo constituya la descripción incluida en el Cuento del escudero, en la que se habla del rey Cambuscan:

"(...) Cambuscan se llamaba este noble rey muy famoso en su tiempo, ya que ni en tierra ni en el mar había quien le aventajase en estrategia y en bravura. Poseía todas aquellas

(5) Lo que el Terrateniente dijo al Escudero. p. 381.

(6) Prólogo del Terrateniente, p. 382.

cualidades que son necesarias a un rey para gobernar un país. Guardaba estricta fidelidad a la fe de sus antepasados, era rico, poderoso, benigno y justiciero. Era leal a la palabra dada, honrado, generoso y en cuanto a su carácter, era firme como una lanza. Era joven animoso y de complexión hercúlea; y en el combate tan valeroso y temerario como cualquier joven caballero de su corte. De hermosas facciones y apuesta figura, vivía rodeado de tanto lujo y esplendor, que difícilmente se hubiera hallado otro soberano como él...” (7).

Advertimos que el aspecto físico ocupa un lugar importante en la consideración que merece el personaje, así como el lujo de que es capaz de rodearse. En el otro extremo de la escala social el alquimista crea dudas con respecto a sus poderes motivadas por su indumentaria:

“(. . .) Me maravilla que poseyendo tal poder, tu amo se dé tan poca importancia y no cuide su indumentaria. Sus vestidos no valen un penique. Están sucios y raídos. Puedo preguntarte la causa de ello, suponiendo que como tú dices, puede convertir en plata y oro la tierra que pisamos” (8).

Existen también ciertos individuos que por sus actividades despiertan inmediatamente la animosidad de los demás. Se trata, por ejemplo, de los frailes mendicantes, para los cuales no existe ninguna piedad cuando se los juzga. Cualesquiera sea su conducta individual, son incluidos en una consideración de tipo general que hace de ellos seres despreciables por sus engaños reiterados.

Uno de los cuentos más desenfadados del conjunto es indudablemente el de la Comadre de Bath, que presenta rico material para el análisis de normas de conducta de la época, es en este cuento en el que se incluye una curiosa crítica en la cual a los mendicantes se los acusa de haber —entre otras cosas menos poéticas— hecho desaparecer a las hadas:

(7) Cuento del Escudero, p. 368.

(8) Prólogo del Paje del canónigo, p. 417.

"(...) Pero en la actualidad, ya no es posible ver hada alguna. Las han ahuyentado las oraciones y la superabundante cantidad de frailes mendicantes que, como moscas, recorren esta tierra bendiciendo las entradas, las cocinas, y los aposentos de las casas, así como las ciudades, los burgos, los castillos... Se acabaron las hadas. Por donde pululaban los duendecillos, va ahora el fraile mendicante día y noche, rezando sus maitines y cumpliendo su ministerio, mientras recorre su distrito. Las mujeres pueden circular sin peligro por todas partes, ya que el único sátiro con quien pueden topar es con dicho fraile, el cual todo lo más que puede arrebatarnos es su honra..."⁽⁹⁾.

Otra de las profesiones "mal vistas" es la de alguacil, y justamente en el Prólogo del fraile se incluye un diálogo entre éste y un alguacil que sintetiza las opiniones respectivas:

"(...) Os puedo contar una historia muy interesante acerca de un Alguacil, le basta a uno oír el nombre para saber que nada honroso puede decirse de ellos... No os preocupéis, dijo el alguacil, dejad que diga lo que quiera... Le demostraré lo "honorable" que es ser un mendicante marrullero como él..."⁽¹⁰⁾.

Todo lo enunciado hasta aquí demuestra la existencia de una sociedad que se rige por pautas de conducta bastante rígidas, que son aceptadas y que actúan como punto de referencia para determinar la pertenencia a ciertas clases, y para juzgar de acuerdo con ello a quienes están "dentro" o "fuera" de las mismas. De todos modos aún no hemos considerado la marginación que implica situaciones más concluyentes que las expuestas.

1.2. *El ámbito religioso*

Desde el punto de vista de la cristiandad el valor por excelencia que determina la pertenencia o no al grupo es el

⁽⁹⁾ Cuento de la Comadre de Bath, p. 274.

⁽¹⁰⁾ Prólogo del fraile, p. 284.

concepto de ecumenidad cristiana. El no-cristiano es siempre el alógeno, el "otro", en la medida en que no comparte los valores de quienes están hermanados en Cristo.

La ecumenidad cristiana tiene una dimensión espiritual y una de carácter físico, no ordenada por el hombre, sino por Dios, pero relacionada con determinados centros que son en orden de importancia Jerusalén y Roma.

En los "Cuentos" encontramos ejemplos de las actitudes generadas por los infieles —judíos o musulmanes— y los herejes.

En el cuento del Jurisconsulto se presenta un ejemplo de las dificultades de un matrimonio entre practicantes de diferente fe:

"(...) Pero a la postre, todos convinieron en que no consideraban eficaces aquellos medios, ya que la única solución estaba en el matrimonio, aunque ello entrañaba graves dificultades. El gran escollo era que los dos países no profesaban la misma fe y los consejeros dudaban de que un príncipe cristiano, consintiera que su hija tomara por esposo a un mahometano". (11).

El ser enviado a tierra de infieles es vivido como doble marginación por mi lado la que entraña el alejamiento del grupo, y por otro la de verse obligado a convivir con un grupo extraño.

"(...) Padre mío te pido una merced: no me mandes de nuevo a tierras de infieles sino que agradece a mi esposo las bondades que ha tenido conmigo" (12).

La situación de los judíos es variable, aun cuando en determinadas circunstancias deben estar marcados y aislarse, existen momentos en que son más aceptados sobre todo por su carácter de prestamistas. Sin embargo cuando las deudas adquieren

(11) Cuento del Jurisconsulto, p. 142.

(12) Cuento del Jurisconsulto, p. 162.

un monto elevado, o cuando la comunidad se enfrenta con alguna situación de peligro —guerra, peste...—, los judíos pueden ser perseguidos, torturados y muertos.

El Cuento de la Priora ejemplifica una situación semejante, a la que se agrega el hecho de reconocerse, que si bien los judíos viven en barrios aparte —el gheto de por sí constituye una forma más de marginación—, esa región de la ciudad puede llegar a gozar de una protección especial.

“(...) En otros tiempos, en una gran ciudad de Asia, habitada por cristianos, existía un barrio judío que gozaba de la protección del gobernador a causa de la ventaja que le reportaba aquella gente, con el sucio negocio de la usura, vicio aborrecido por Cristo y por los que practican su fe.

Todo el mundo podía circular libremente por allí, pues en ambos extremos de la calle no había cerca alguna que impidiese la entrada. Más abajo se encontraba una pequeña escuela cristiana donde eran instruidos los hijos de las familias que practicaban esa religión...”⁽¹³⁾.

Sin embargo más adelante se agrega que el corazón judío ha sido contagiado de odio por Satanás y la muerte de un niño de la que son acusados aquéllos concluye en persecución y muerte.

Una de las formas de marginalidad destinadas al no-cristiano es la que corresponde al hereje y como tal se incluye a toda una variada gama de magos, “brujos”, herbolarios, astrólogos, etc. En estos casos la marginalidad deriva del carácter “diferente” que tiene el individuo con respecto al resto de la comunidad.

En el cuento del Terrateniente encontramos un ejemplo de asimilación del astrólogo al hereje y aún a los paganos:

“(...) Conocía qué fase de la luna era apropiada para el experimento, los ritos y ceremonias preparatorias al mismo y un sinfín de endemoniadas prácticas muy en boga entre los herejes y los paganos...”⁽¹⁴⁾.

⁽¹³⁾ Cuento de la Priora, p. 177.

⁽¹⁴⁾ Cuento del Paje del canónigo, p. 420.

El alquimista participa también de este carácter “diferente” y es mal visto en la medida en que, al igual que los mencionados más arriba, pretende alterar un orden existente del cual el cristiano hace responsable a Dios, y por lo tanto quien no lo acepta o quiere cambiarlo atenta contra la divinidad.

“(…) El que se entregue a esta ciencia (la alquimia) está arruinado antes de empezar pues lo único que obtendrá será una cabeza hueca y una bolsa vacía…”⁽¹⁵⁾.

De todos modos los valores religiosos que determinan la pertenencia a la ecumene cristiana no tienen sentido en tierra de infieles en la cual es el cristiano el que adquiere el carácter de alógeno.

“(…) En todo el país, ninguno de los cristianos que quedaban allí se atrevían a practicar su religión; la mayoría huyó cuando aquellos infieles conquistaron la parte septentrional y se estableció en Gales por el momento. Sin embargo, los cristianos no habían desaparecido totalmente y quedaba algún núcleo que, burlando la vigilancia de los invasores, se reunían secretamente para adorar a Cristo”⁽¹⁶⁾.

En este caso al valor religioso se le suma uno político, cuando minorías no cristianas dominan por las armas. Se unen un concepto de ecumenidad religiosa con uno de particularismo político que hace el predominio de quienes ejercen la fuerza política.

1.3. *El ámbito político*

Otro de los valores que determina la marginación lo constituyen los particularismos políticos especialmente, cuando superado en parte el orden feudal, comienza a funcionar el Estado en su sentido moderno.

⁽¹⁵⁾ Cuento del Paje del Canónigo, p. 420.

⁽¹⁶⁾ Cuento del Jurisconsulto, p. 150.

De acuerdo con una formulación de orden geográfico-político, el extranjero es también un marginado, del cual generalmente se sospecha y al cual se le atribuyen la mayor cantidad de defectos tanto físicos como espirituales.

Aquí corresponde distinguir a los peregrinos que son extranjeros en cuanto se alejan de sus países de origen para ir en peregrinación a otro lugar, pero que continúan siendo endógenos desde el punto de vista de la ecumenidad cristiana que actúa como categoría abarcante de los distintos particularismos políticos.

De todos modos, peregrino, o extranjero, se trata de marginados que no participan de la vida de la comunidad en su sentido político.

Cuando la condición de extranjero está impuesta por un alejamiento no voluntario del grupo, la situación se vive con más dramatismo:

"(...) Pálida y abrumada por la tristeza, Constanca se levantó y se preparó para la marcha, viendo claramente que no tenía otra alternativa. Por qué asombrarse de sus lágrimas, al ser separada de sus amigos para ir a habitar un país extraño..." (17).

El ajeno es en todos los casos visto como fuente de males:

"(...) Librate de los embusteros y de personas ajenas y no confíes en su compañía. Pedro Alfonso afirma: "En tu camino no te hagas acompañar por hombre extraño, a no ser que le conozcas de largo tiempo... Si llevara lanza colócate a su derecha, y si espada, a su izquierda..." (18).

También es necesario proteger los linajes de la posible intromisión del extraño, que puede llegar a penetrar en el grupo, con todos los riesgos que ello implica desde el punto de vista de la defensa de un particularismo político-cultural.

(17) Cuento del Jurisconsulto, p. 143.

(18) Cuento de Melibeo, p. 465.

En el Cuento del Estudiante se suplica a un príncipe que tome esposa pues de morir sin descendencia su linaje podría desaparecer “y algún extranjero se apoderase de vuestros dominios” (19).

1.4. *El ámbito socio-cultural*

Además de los particularismos políticos existen los de tipo socio-cultural que pueden determinar la marginación por oficios considerados infamantes, o por faltas éticas. En estos casos la marginación puede ser permanente, —si la situación que la ha originado persiste—, o transitoria, —en el caso de que desaparezca—.

En este sentido hemos de considerar los casos de marginación por deudas, vagancia, formación de pandillas cuya conducta no se atiene a las elementales reglas morales impuestas por la sociedad, embriaguez, juego, etc.

El caso de deudas implica, generalmente, una automarginación por parte del individuo que acosado por sus acreedores huye para evitar la ruina y el deshonor. La marginalidad en este caso puede ser transitoria. También puede no ser voluntaria, sino producida por la autoridad y materializada en la prisión.

Un mercader en el Cuento del Marino al referirse a las dificultades de la vida del comerciante expresa:

“(...) Tenemos que poner buena cara al mal tiempo, guardar las apariencias, vivir lo mejor que podamos, hasta nuestra muerte mantener secretos nuestros asuntos.

No gozamos de compensación alguna, a no ser alguna corta vacación o ir en peregrinaje para huir de los acreedores...” (20).

(19) Cuento del Estudiante, p. 314.

(20) Cuento del Marino, p. 170.

Entiéndase “peregrinaje” en su sentido estricto de dirigirse a visitar algunos de los centros de peregrinación de la cristiandad, o bien como un voluntario exilio, cuya duración dependerá de las circunstancias.

En ese exilio, además de las consideraciones debidas a la imposibilidad de pagar la deuda, entra a jugar el honor personal y familiar:

“(...) A no ser que el astrólogo sea comprensivo y se compadezca de mí tendré que abandonar la ciudad para no avergonzar a mis familiares. Le propondré el pago en varias anualidades y de esta forma ir liquidando la deuda con parte de mis rentas...” (21).

La mala vida en sus múltiples aspectos implica la marginación temporaria o definitiva, pero de todos modos siempre efectiva mientras dure la conducta motivadora. Una de estas es la vagancia que degrada al individuo al privarlo de una clara determinación de “status” social. Por otra parte la vagancia conduce casi irremediablemente a integrar el mundo de los maleantes, frecuentemente organizados en pandillas, los que incluso comparten un lugar determinado en la ciudad:

“(...) En las afueras de una ciudad —contestó el creado— donde sólo existen escondrijos y callejones sin salida, lugar muy apropiado para morada de ladrones y gente maleante. Vivimos en continuo sobresalto y ocultos sin atrevernos casi a asomar la cabeza...” (22).

Las afueras pueden ser más allá del muro de la ciudad, o dentro de ella, pero en lugares determinados, propicios para el escondite. Se los conoce y evita. Quienes se ven reducidos a vivir en las inmediaciones sufren las consecuencias del contacto con gente que no comparte las normas de comportamiento aceptadas.

(21) Cuento del Terrateniente, p. 401.

(22) Prólogo del Paje del Canónigo, p. 418.

La pandilla además de un sitio determinado de residencia, tiene lugares de diversión:

“(...) Había en Flandes una pandilla de jóvenes de vida muy relajada, jugaban, frecuentaban los burdeles y las tabernas, donde se pasaban todo el día apostando a los dados y bailando al son del arpa y del laúd y de la guitarra; comían y bebían más de lo que su cuerpo podía aguantar. Así era como ofrecían incienso al diablo en su mismo templo. Se os hubiera puesto carne de gallina al oír sus horrendas blasfemias contra el divino cuerpo de Cristo, como si los judíos no le causaran ya bastantes afrentas durante la pasión” (23).

Interesante mención en cuanto la mala conducta se hace acreedora no sólo de una sanción por parte del grupo, sino que presagia la condena eterna. Quienes comparten esa vida están asimilados a los judíos.

Los Cuentos presentan varios ejemplos de conducta de las pandillas. En todos los casos se les atribuyen variadas, pero igualmente negativas conductas y modos de diversión en los que se incluye la participación de mujeres de mala vida, bailarinas y cantores, considerados sospechosos en razón de sus actividades.

“(...) Allí se juntaban con bailarinas, con cantores y con jóvenes mujeres que vendían fruta y dulces, estas últimas parecían enviadas por el propio Satanás para avivar el fuego de la lujuria, vicio que va parejo con el de la gula” (24).

Dentro de la variada gama de inconductas ocupan un lugar considerable la embriaguez y el juego —generalmente unidos. El jugador pierde su tiempo y su dinero, al igual que la reputación y la estima de la gente.

“(...) además el empedernido jugador, pierde su reputación y la estima de la gente, cuanto más encumbrada es su posición, más le esquivan sus conocidos...” (25).

(23) Cuento del Bulero, p. 243.

(24) Cuento del Bulero, p. 243.

(25) Cuento del Bulero, ps. 245-46.

En cuanto a la embriaguez, además de motivar un rechazo semejante al del juego, al nublar el entendimiento del hombre, lo hace de dudosa eficacia cualquiera sea la función que desempeñe.

1.5. *Pobreza*

Una de las circunstancias que determina gran parte de los casos de marginación es la pobreza. Entendemos por pobre al individuo que no tiene lo necesario para vivir de acuerdo con su status.

Todos los grupos aceptan e incluso protegen a sus pobres y en ese sentido están asimilados, pero existen aspectos de la pobreza que determinan marginación.

La pobreza puede ser circunstancial, se puede haber caído en ella por razones fortuitas y ser por lo tanto temporaria. También puede ser voluntaria —y en este renglón incluimos desde los eremitas que se aíslan y llevan una vida miserable, a ciertos herejes que hacen de la pobreza su ideal de vida (cátaros, fraticelli) y también a los miembros de las órdenes mendicantes que parten del concepto de que la pobreza determina en cierto modo una “diferencia” creada por la elección de Dios—.

En estas situaciones debemos establecer una línea divisoria muy sutil entre los movimientos considerados heréticos, y por lo tanto sus seguidores marginados y perseguidos, y los movimientos captados por la iglesia y transformados en un modo especial de acercamiento a Dios, tal como el caso de los mendicantes.

Pero también existen los pobres permanentes que lo son porque no encuentran trabajo o directamente no quieren trabajar. En este caso funciona siempre el criterio de marginación, no tanto por la pobreza en sí, sino por el hecho de que se vuelcan a la mendicidad y al vagabundo, lo que los con-

vierten automáticamente en sospechosos ⁽²⁶⁾. Otra de las situaciones que plantea la pobreza permanente, o mejor la miseria —es decir cuando ya no existe ningún medio que permita la supervivencia— es la de tener que recurrir a actividades infamantes para poder sobrevivir. En este caso es la actividad la que motiva la marginación y sería el caso por ejemplo de los verdugos o las prostitutas.

Además hemos de tener en cuenta que a lo largo de la Edad Media existieron dos criterios distintos para considerar a la pobreza. De acuerdo con uno de ellos, los pobres son los elegidos. Esta posición se atiene a las Escrituras y considera que el pobre tiene abierto el reino de los cielos.

Por otra parte —y la dicotomía no se resuelve— el pobre es un sospechoso. Es desde el punto de vista de su relación con Dios ¿un individuo que sufre una prueba especial y es por lo tanto elegido por Dios para ello, o por el contrario alguien castigado?

“(...) Me echaste en cara mi pobreza, sin acordarte que Cristo la escogió voluntariamente. Nadie ignora, ya sea hombre, mujer o niño que Jesús, Rey del Cielo, no hubiera escogido para sí un género de vida que no fuera intachable. La pobreza cuando se acepta con alegría y cristiana resignación, no es ninguna deshonra...” ⁽²⁷⁾.

Aquí la pobreza sería un estado ideal, que por haber sido el elegido por Cristo, adquiere una consideración superior a cualquier otro.

“(...) Pero el que no tiene nada, ni a nada aspira de los demás, este sí que es realmente rico, aunque no sea más que un simple campesino...” ⁽²⁸⁾.

⁽²⁶⁾ Cf. *supra*.

⁽²⁷⁾ Cuento de la comadre de Bath, p. 281-82.

⁽²⁸⁾ *Id.*

"(...) A pesar de que parece difícil de soportar, la pobreza es un tesoro que nadie os puede arrebatar. La pobreza casi siempre acerca a Dios al hombre humilde y le ayuda a conocerle y a conocerse a sí mismo. Comparo la pobreza a un antejo de larga vista, ya que si éste a través de sus lentes nos ayuda a alcanzar los objetos lejanos, aquélla nos ayuda a descubrir a nuestros verdaderos amigos..."⁽²⁹⁾.

En todas las ocasiones en que la pobreza merece una valoración positiva se recurre a la justificación proporcionada por las Escrituras, sobre todo al concepto de "Bienaventurados los pobres de espíritu", actitud que es por otra parte, la que adopta San Francisco cuando envidia al pobre porque está más cerca de Dios y que justifica su alejamiento de los bienes materiales.

Se insiste también en el hecho de que Dios quiso para su Hijo una morada que fue un establo y en ocasiones —dentro de esta valoración—, se adjudica virtud por el solo hecho de ser pobre.

"(...) Si he de hablar de sus cualidades os diré que era la muchacha más virtuosa de la tierra. Como fue criada en la pobreza ningún deseo sensual había mancillado su corazón..."⁽³⁰⁾.

"(...) Vivía muy dichoso en su palacio. Dios siempre le protegió y además, el origen de su linaje era muy considerado en el país. Porque dio a entender que la virtud generalmente la poseen los de condición humilde..."⁽³¹⁾.

Si la virtud corresponde a los humildes, la riqueza por sí sola aparta a quienes la ostentan de una conducta honesta, endurece su corazón y por lógica les opone obstáculos en el camino de la salvación.

⁽²⁹⁾ Id. p. 282.

⁽³⁰⁾ Cuento del Estudiante, p. 316.

⁽³¹⁾ Id. p. 320.

Sin embargo hemos señalado la existencia de una dicotomía que la Edad Media no resuelve y respecto de la cual observamos la coexistencia de criterios dispares.

Esta tan alabada pobreza vista desde otra óptica puede significar una desgracia. Sobre todo cuando es involuntaria llega a convertirse en algo vergonzante y transforma a quienes la padecen en seres al margen de la sociedad.

“(. . .) La más horrenda de las desgracias es la pobreza, obligados por la sed, el frío y el hambre, pasáis por la vergüenza de tener que pedir ayuda y si no lo hacéis, la miseria acabará poniendo al descubierto vuestra desdichada situación. Por más que hagáis para evitarlo la indigencia os fuerza a suplir, a pedir prestado y quizás a robar . . . ”⁽³²⁾.

Esto testimonia lo ya apuntado en el sentido de que la pobreza puede ser la vía para cualquier tipo de delito, con lo cual el pobre despierta animosidad.

Si mencionamos varios ejemplos que ilustraban la idea positiva de la pobreza, los que la rechazan son igualmente numerosos:

“(. . .) Oíd lo que los sabios han dicho: “La muerte es preferible a la pobreza, cuando vuestro prójimo os desprecia”. Si sois pobres perdéis toda consideración. Hay también otra sensata observación: “Para el necesitado todos los días son malos”. Procurad no llegar a tan lamentable estado, pues si sois pobres vuestro propio hermano os despreciará y los amigos os rehuirán . . . ”⁽³³⁾.

Se advierte aquí que la aceptación en el grupo familiar y social depende de la posesión de bienes y por lo tanto éstos constituyen una manera de integración llegando casi a ser responsables de la felicidad:

“(. . .) Las riquezas proporcionan al hombre muchos amigos y como asegura Pánfilo.

⁽³²⁾ Prólogo del Jurisconsulto, p. 139.

⁽³³⁾ Id.

“Si la hija de un boyero es rica podrá escoger marido entre mil hombres, pues ninguno la desairará”. El mismo autor añade: “Si eres muy feliz es decir muy rico, hallarás multitud de amigos y compañeros. Pero si cambia la fortuna y te empobreces, quedarás sin otra compañía que la de los pobres...”⁽³⁴⁾.

El pobre queda solo, su única compañía son otros de su condición. El criterio de marginación— derivado de acuerdo con estos testimonios, exclusivamente de una cuestión cuantitativa de bienes— es bien claro.

El propio Pánfilo afirma “El que por su nacimiento es siervo o esclavo puede volverse noble y respetable por sus riquezas... de la pobreza nacen grandes daños y males ya que la pobreza excesiva empuja al hombre a cometer muchos actos reprobables...”⁽³⁵⁾.

De todos modos en el mismo Cuento de Melibeo se reconoce que las riquezas para ser provechosas deben ser rectamente usadas y honradamente obtenidas.

Hemos ejemplificado los dos polos entre los que se transita en la Edad Media con respecto a la valoración de la pobreza, pero existe un aspecto en el que no se presenta ninguna duda: los pobres cuando son aceptados por la comunidad, deben ser ayudados. Incluso encontramos en esta ayuda una vía de expiación para los pecados de los ricos y poderosos, a tal punto que de acuerdo con ciertos testimonios, la presencia de los pobres sería absolutamente necesaria para garantizar la salvación del rico. En general —como ya ha quedado establecido—⁽³⁶⁾, las comunidades aceptan a sus pobres, e incluso al pobre extranjero y no los marginan salvo en casos de inconducta, de hambre o desastre.

“(...) Homicidio es también dar mal consejo con fraude, como aconsejar que se impongan injustos tributos y gabelas.

⁽³⁴⁾ Cuento de Melibeo, p. 473.

⁽³⁵⁾ Cuento de Melibeo, p. 473.

⁽³⁶⁾ Cf. supra.

Respecto a lo cual afirma Salomón “El león rugiente y hambriento se parece a los crueles señoríos”. Se refería a la detención o disminución de la paga o salario, o a los gajes de los criados, y asimismo a la usura y a la supresión de la limosna para los menesterosos. Por cuya razón dice el sabio: “Da de comer a quien perece de hambre. Y es así porque en realidad si tú no le alimentas le das muerte y todos estos son pecados mortales...”⁽³⁷⁾.

En otro pasaje la avaricia llega a ser asimilada no sólo con la acumulación de bienes, sino también con la actitud de no dar nada a los que pasan necesidad. El dejar de hacer obras de caridad y reducir o eliminar la limosna son conceptuados como graves pecados, todo lo cual nos conduce a concluir que, si bien las actitudes posibles con respecto a los pobres tienen una variada gama que va desde la aceptación y la ayuda, hasta la marginación; desde la exaltación de la pobreza, hasta la consideración absolutamente negativa de la misma; el pobre sirve, de todos modos, para justificar y demostrar la caridad de los que poseen.

1.6. *La mujer*

Si la persona que participa plenamente de la vida de una comunidad en sus aspectos religioso, cultural, político, está integrada a la misma, existe durante la Edad Media un ser que por su mera condición está marginado: nos referimos a la mujer.

Relegada a un papel absolutamente secundario durante siglos, mejora su situación en cierta medida a partir del siglo XI, consecuentemente con una atenuación del rigor de las costumbres de una sociedad guerrera, con la posibilidad de disponer de ciertas comodidades y por el hecho de convertirse en protagonista de una vida que para las altas clases sociales, comienza a tener aspectos más sofisticados. De todos modos,

(³⁷) Cuento del Párroco. Ira, p. 516-17.

la mujer no alcanza en ninguno de los momentos del período que nos ocupa, a participar plenamente de las posibilidades que la sociedad ofrece.

Los juicios que sobre la mujer se emiten son dispares y en este sentido los "Cuentos" no constituyen una excepción. Dentro de la disparidad predominan las consideraciones negativas que transforman a la mujer en un ser capaz de todas las maldades, poseedora de los mayores defectos e incluso una emisaria de Satanás en lo que hace a la tentación de la carne.

Analizando los ejemplos brindados por los "Cuentos", los casos en que la mujer es presentada como alguien bueno o malo por circunstancias ajenas a su condición, son escasos y constituyen un ejemplo de una postura que para la época tardía del testimonio, aún perdura.

La existencia de la Comadre de Bath, cuyo cuento es un precioso documento para determinar la condición de la mujer, constituye una muestra de rebeldía. Esas mujeres perpetuamente postergadas pueden llegar a burlarse y sacar provecho de la situación en la que se encuentran y, como en el presente caso, erigirse en descarada denuncia de un orden de cosas. La Comadre, con sus cinco maridos, con su experiencia, su tremendo desenfado y falta de escrúpulos, es el símbolo de la resistencia a una nunca superada situación de inferioridad.

Entre los defectos que las mujeres pueden tener se cuentan:

"(...) No hay hombre que aventaje a la mujer en mentir y perjurar, con el descaro que ella lo hace. Una esposa que realmente sea inteligente y que conozca bien su oficio, es capaz de hacer creer a su marido que lo blanco es negro..."⁽³⁶⁾.

(36) Prólogo de la Comadre de Bath, p. 260.

En el caso femenino la riqueza no atenúa defectos:

"(...)" Dices que es una equivocación casarse con una mujer que sea pobre porque se tienen que sufragar todos sus gastos, y que si es rica y está bien relacionada se tiene que soportar su orgullo y su intemperancia..." (39).

Un dicho que se reitera y que debía constituir una consideración de tipo corriente es el de que "un techo con goteras, el humo de la chimenea y una mujer regañona alejan al marido del hogar..." y todas las mujeres son consideradas "regañonas".

El largo monólogo de la Comadre de Bath en el cual pone en boca de sus maridos una retahíla de defectos que supuestamente encuentran en ella, constituye un inmejorable inventario de los vicios y defectos que eran atribuidos a la mujer, todos los que contribuyen a fijar su marginación en una sociedad esencialmente masculina. Por otra parte como la mujer no tiene ninguna participación ni directa ni circunstancial en asuntos políticos o de manejo económico, su condición de marginada en el sentido de "quien permanece en los linderos de un área" es bien clara.

Tomemos al azar algunos de los comentarios de la Comadre:

"(...)" Estás convencido que del mismo modo que los gusanos destruyen las plantas, la mujer destruye al marido, todo aquel que está encadenado a una esposa lo sabe, esto es lo que dices a tus amigos..." (40).

"(...)" Te atreves a decir, también que los bueyes, asnos, caballos y perros, pueden ser puestos a prueba antes de adquirirlos, lo mismo que los enseres de la selva y los vestidos, pero nadie puede responder de una esposa hasta después del matrimonio..." (41).

(39) Id., p. 261.

(40) Prólogo de la Comadre de Bath, p. 263.

(41) Id. p. 261-62.

Cuando el estudiante toma la palabra para iniciar su cuento, a continuación de la Comadre, lo hace deseándole que Dios le conserve —a ella— su afán de mando, “lo mismo que las demás de su sexo” (42). En la misma narración, se afirma que la esposa “no debe tener otros deseos que los de su marido”.

El Mercader, de acuerdo con sus propias manifestaciones, tiene una experiencia muy negativa ya que la suya “es la peor esposa que encontraríais...”, pero su desgracia la extiende a todos los hombres casados los cuales “lloran, gimen y están preocupados de la mañana a la noche...”, por supuesto, por el sólo hecho de compartir su vida con la esposa (43).

Más adelante, su propia experiencia y la opinión general lo hacen exclamar:

“(...) No toméis esposa con la creencia de que ahorraréis dinero, y, además, estaréis bien atendidos, —nos advierte Teofrasto—. Un sirviente que os sea fiel, defenderá mucho mejor vuestros intereses que vuestra esposa, que ya en vida pretenderá la mitad de todos vuestros bienes, y si caéis enfermos, os cuidarán mejor vuestros amigos o cualquiera de los criados, pues llegado el caso, las mujeres sólo esperan que abandonéis este mundo para apoderarse de vuestros bienes. Y si os decidís a llevar una esposa bajo vuestro techo, es muy probable que al cabo de muy poco tiempo os convierta en un cornudo...” (44).

Frecuentemente se recurre al juicio de Salomón para justificar la actitud negativa frente a las mujeres y se incluyen comentarios como el que dice:

“Por otra parte, todas las mujeres son malas, sin que haya entre ellas ni una sola buena. Dice Salomón: “Entre mil hombres sólo uno bueno encuentro, pero entre las mujeres nunca encuentro una buena” (45).

(42) Cuento del Estudiante, p. 336.

(43) Prólogo del Mercader, p. 340.

(44) Cuento del Mercader, p. 342.

(45) Cuento de Melibeo, p. 455.

"(...) Y Salomón añade: "Jamás des poder sobre tí a tu mujer, a tu hijo o a tu amigo" (46).

"(...) Y cuando alegas que la charlataneria de las mujeres sólo oculta lo que no saben, lo que significa que una mujer no es capaz de encubrir lo que sabe, debes entender, señor, que esta sentencia se refiere a las mujeres parlachinas y malas, de las que se afirma: "Humo, goteras y mujer brava arrojan al hombre de su casa". Y de estas dice Salomón que "mejor sería vivir en el desierto, que con mujer amiga de pe-leas..." (47).

Queda abierta la posibilidad de acuerdo con este último testimonio de que existan algunas mujeres merecedoras de consideración. Aún cuando el Mercader es contundente cuando afirma que la experiencia demuestra a diario que son incapaces de producir algo más que traiciones o engaños que cubren con lágrimas, reproches y promesas, siendo los hombres las únicas víctimas de tales recursos.

La cantidad de ejemplos contenidos en los Cuentos sirven para fijar la posición de la sociedad medieval del siglo XIV frente a la mujer y determinar su condición. La excepción, es decir los juicios favorables, son comparativamente escasos y por su corto número corroboran la tónica general.

En el Cuento del Terrateniente se admite que las mujeres no deben ser tratadas como esclavas, aún cuando se agrega que los hombres tampoco (48).

En el Cuento del Estudiante y en el de Melibeo, existen algunos juicios favorables e incluso alguna débil crítica a la posición masculina de ver en la mujer solamente una fuente de maldades.

"(...) La gente admira a Job, y muy particularmente su humildad, son muy elocuentes los estudiantes cuando hablan de este personaje bíblico, pero hay que reconocer que aunque

(46) Id. p. 455.

(47) Id. p. 456.

(48) Cuento del Terrateniente, p. 384.

no acostumbran a elogiar a las mujeres, la verdad es que los hombres por lo general, no son humildes y fieles como ellas..."⁽⁴⁹⁾.

También se recurre a un argumento sagrado:

"(...) Que ha habido muchas mujeres buenas es fácil de demostrar. Jamás nuestro Señor Jesucristo habría decidido nada de mujeres si todas fueran malas. Y además, por qué sino por la mucha bondad que hay en las mujeres se apareció el Señor, al resucitar a una mujer antes que a sus apóstoles..."⁽⁵⁰⁾.

"Y respecto a que la mujer supera en mal consejo al hombre, bien sabe Dios cuán fuera de lugar está esa razón aquí..."⁽⁵¹⁾.

Conviene aclarar que estos son los únicos casos en los que se encuentran valores positivos en la mujer en el contenido total de los Cuentos.

1.7. *Enfermedad*

Finalmente hemos de considerar otra clase de marginados, los enfermos. En el caso de éstos existen también diversos matices. Hay enfermedades que por su carácter generan una marginación total e irreversible, tal el caso de la lepra. El temor generado por esta enfermedad determinaba el aislamiento, e incluso la imposibilidad para el enfermo de tener ningún contacto con sus semejantes sanos: recordemos que los leprosos debían llevar vestimentas distintivas y hacer sonar una matraca para anunciar su presencia y dar tiempo a las gentes para ocultarse.

Sin llegar al extremo de la lepra —no demasiado bien diagnosticada durante la Edad Media, lo que motivaba la

⁽⁴⁹⁾ Cuento del Estudiante, p. 331.

⁽⁵⁰⁾ Cuento del Melibeo, p. 456.

⁽⁵¹⁾ Cuento de Melibeo, p. 457.

presencia en leprosarios de individuos que padecían de otras enfermedades y consecuentemente, la existencia de curas “milagrosas”—, el enfermo es apartado del resto de la comunidad. Es protegido en cuanto existen hospitales y cada grupo es responsable del cuidado de sus enfermos, pero de acuerdo con las características del mal queda definitiva o temporariamente marginado.

Otro aspecto a considerar y que justifica el hecho de que los enfermos sean protegidos, es el de que frecuentemente la enfermedad es considerada como un mensaje divino. Es Dios el que la determina y por lo tanto deben existir poderosas razones para que el individuo la sufra. Estas razones oscilan—según las diferentes consideraciones— entre el castigo y la prueba, convirtiéndose en este último caso el enfermo en un elegido del Señor.

En los Cuentos existe una sola mención a la enfermedad, pero es suficientemente significativa como para ilustrar lo expuesto:

“(…) Y piénsese asimismo en el que censura a los demás o reprocha a otro hombre algún triste mal que padece en su cuerpo, como “leproso”, “jorobado”, “villano” o algún pecado que comete, ya que si le reprocha por daño que sufre, dirige entonces el reproche a Cristo, pues la pena es enviada por justo mensaje de Dios y por su permisión, sea lepra, enfermedad o lesión…”⁽⁵²⁾.

Es por lo tanto la enfermedad el resultado de la voluntad divina, lo que impone resignación para quien la sufre y respeto y protección para el otro.

(⁵²) Cuento del Párroco. Ira, p. 521.

BIBLIOGRAFIA

Para el presente trabajo se consultaron las siguientes ediciones de la obra analizada:

- CHAUCER, Geoffrey. *The Canterbury Tales from the text and with the notes and glossary of Thomas Tyrwhitt*. London, George Routledge and sons, s/f.
- CHAUCER, Godofredo. *Los Cuentos de Cantorbery*. Versión directa del inglés antiguo con una introducción y notas por Manuel Pérez y del Río. Prólogo de Adolfo Bonilla y San Martín, Madrid, E. Reus, 1921.
- CHAUCER, Geoffrey. *Cuentos de Canterbury*. Con un estudio preliminar y bibliografía seleccionada por Caridad Oriol. Barcelona, etc., Ed. Bruquera, 1974.

